

Alexandre Lacroix

CÓMO NO SER UN ESCLAVO
DEL SISTEMA

Traducción de Alicia Gómez Méndez

arpa

SUMARIO

PREFACIO	9
1. Los orígenes del sistema	13
2. Decodificar nuestra época	29
3. Dandis y crédulos	49
4. Dominante, dominado	55
5. Cuando es hora de actuar	65
6. Por un posutilitarismo	75

PREFACIO

He aquí una escena que ya he vivido en varias ocasiones: un intelectual, filósofo o sociólogo se presenta en una sala de conferencias o un teatro y pronuncia un largo discurso, de sólidos argumentos, en el que critica la economía globalizada y la política contemporánea. Tiene toda la razón, su crítica está bien fundamentada y, además, el público está convencido. ¿Acaso hay aún quien no vea que el productivismo y el consumismo hacen estragos, generan desigualdades inaceptables, provocan un sufrimiento intolerable y destrozan los ecosistemas terrestres?

Pero al final de la conferencia una persona del público levanta la mano y expone su situación: «Estoy de acuerdo con todo lo que acaba usted de decir; de hecho, trabajo en el sector automovilístico. No dirijo nada, soy un simple distribuidor de

piezas de recambio, un ejecutante, como quien dice. Pero con eso doy de comer a mi familia. Tengo una hija mayor a la que debo pagar los estudios. Conozco bien mi oficio, creo que soy competente. Si lo dejo todo para irme a vivir al aire libre y a producir queso de cabra, posiblemente ponga en peligro a mis hijos. Habla usted de ralentización, de sobriedad, de frugalidad feliz; yo más bien tengo miedo de que nos muramos de hambre si dejo mi trabajo, no tengo propiedades, no he heredado nada. Entonces, si todo el mundo en Francia se comporta como usted recomienda, ¿qué pasará en China y en la India? Nuestro país no solo se empobrecerá, sino que me temo que nos convertiremos en sus vasallos, ¿no cree?».

Finalmente, el intelectual sonríe, expresa con algunas frases que entiende la situación y busca una respuesta circunstancial, lo suficientemente general para resultar reconfortante. Pero el asistente que ha planteado la pregunta se vuelve a casa desconcertado. En el fondo, no sabe qué hacer. Es partícipe de un mundo con el que no está de acuerdo, pero no ve otra solución para él y su familia. Es parte del engranaje de la gigantesca maquinaria económica y social objeto de virulenta denuncia, pero ignora

cómo salir de ahí. Busca la manera de no ser esclavo del sistema.

Este libro quiere ser una respuesta para esa persona del público.

I

LOS ORÍGENES DEL SISTEMA

La modernidad se abre con una experiencia de desconexión radical. René Descartes la experimentó y la relató en su *Discurso del método*, publicado en 1637. El joven filósofo estaba de viaje por Alemania en aquel entonces:

El comienzo del invierno hizo que me detuviese en un lugar en el que, no encontrando conversación alguna que distrajese mi atención, y no teniendo, por fortuna, ninguna preocupación ni pasión que perturbase mi ánimo, me pasaba el día entero encerrado a solas, junto a una estufa, con todo el tiempo libre necesario para entregarme a mis pensamientos.¹

¹ Descartes, René, *Discurso del método* (Juan Carlos García Borrón, trad.), Penguin Clásicos, 2021.

Gracias a esta ausencia momentánea de distracciones, a este pasaje vacío en un país desconocido, Descartes se dedicará al tipo de búsqueda de la verdad característico de los filósofos modernos. Se trata de retirarse del diálogo, de no absorber nueva información, de encerrarse en el fuero interno de uno mismo para examinar la validez de las enseñanzas que uno ha recibido y de las opiniones comúnmente aceptadas. Una desconexión total es lo único que proporciona las circunstancias propicias para el ejercicio de una autonomía de juicio tan perfecta.

El método inventado por Descartes, que tendrá un papel tan decisivo en el desarrollo de las ciencias y técnicas en Occidente, consiste, además, en replicar esta operación de separación en el ámbito del pensamiento, es decir, en procurar desenmarañar y separar unas ideas de otras. De hecho, el primero de los cuatro preceptos que componen el método cartesiano para progresar en el conocimiento es no añadir nada más a los propios juicios que aquello que se presenta de forma clara e inteligible a la mente, aceptar únicamente las ideas «claras y distintas». Una idea es clara cuando no presenta ninguna sombra, ningún rastro de misterio.

Para lograr tal claridad, es indispensable que esté aislada de las ideas vecinas o asociadas, que ella misma esté desconectada.

Por supuesto, este criterio elegido por Descartes no ofrece más que frágiles garantías; solo atañe a la manera en la que las ideas se presentan ante el sujeto que está pensando y no nos informa en absoluto sobre la exactitud de las propias ideas. Es como si dijéramos: «Solo me creo las teorías simples, no las complejas». O «no acepto las explicaciones multifactoriales, solo las monocausales». Si la realidad es compleja en sí misma, si no se produce nunca ningún efecto por una sola causa y si me niego a salir de este marco de razonamiento, me estoy condenando a no entender nada nunca. De la misma manera, si la existencia es sombría y confusa, pero solo deseo retener las ideas claras y distintas, no tendré perspectivas adaptadas a mi propia vida. Es como si yo decidiese, por capricho, que una luz pura bañase el paisaje mientras camino en plena neblina.

Sea como fuere, Descartes sentó las bases de un «régimen de separación» destinado a ejercer una profunda influencia en la cultura occidental, y durante varios siglos. Puesto que es difícil abordar en

pocas páginas un hecho de civilización que se desgrana en un gran conjunto de disciplinas y actitudes, me limitaré a proceder con rápidas muestras, es decir, a citar algunos fragmentos de obras modernas que han tenido una repercusión de primer orden, habiendo todas ellas preconizado la distinción, el aislamiento, la desconexión.

Las exigencias de Descartes se reflejaron en primer lugar en una determinada concepción del estilo, propia del clasicismo, promovida por un célebre pasaje de *El arte poética* de Nicolas Boileau en 1674:

Hay pensamientos tan obscurecidos
Que en una espesa nube están metidos,
La más clara razón no los comprende.
Ántes que escribas á pensar a prende.
Según la idea es clara ó es obscura,
La expresión es más limpia ó menos pura.
Quien bien concibe i dice claramente,
Las palabras le vienen fácilmente.²

2 Boileau, Nicolas, *El arte poética* (Don Juan Bautista Madramany y Carbonell, trad.), editado en Valencia, por Joseph y Tomás de Orga, 1787.